

EL DAIMIELEÑO

SEMENARIO INDEPENDIENTE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN TODA ESPAÑA

Trimestre, 2 pesetas. Año, 7 idem.

Se publica los Domingos

En correspondencia particular y de redacción al Director
AMARGURA, 8.

Director-Propietario

DON ALVARO PINTADO

DAIMIEL 13 DE AGOSTO DE 1898.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

á precios convencionales

CENTRO DE SUSCRIPCIONES

Imprenta de Francisco Espadas López.

ADMINISTRACIÓN

MONESCILLO, 15.

NÚM. 2.

AÑO I.

ADVERTENCIA

Rogamos á las personas que recibían el presente número, y no deseen ser suscriptores, lo devuelvan á esta Administración, cuidando hacerlo con la misma faja ó escrito su nombre en la margen del periódico.

¿Y DE LA FERIA... QUÉ?

Pues, de la feria... corren distintas versiones y hay otros tantos pareceres.

Fieles intérpretes de la opinión hemos de apuntar los distintos criterios sostenidos, para que aquellos que más pesen en el ánimo de quienes hayan de ser los organizadores, les inclinen á uno ú otro sentido.

El primer sentimiento que espontáneamente brota del corazón de todo español en las actuales circunstancias, es el retramiento absoluto de todo aquello que signifique regocijo y alegría en memoria al luto que debemos guardar á nuestros hermanos que han peleado y muerto por la honra nacional.

Pero como ni los pueblos ni los seres humanos pueden por tiempo indefinido dedicarse al sentimentalismo, pues que esto aniquilaría el espíritu y mataría la expansión que la inteligencia requiere para la transformación de los elementos naturales y rutinarios, unos y otros necesitan ahogar en das determinados, esos hermosos sentimientos y dedicarlos á santificar la memoria de su Patrona y que ésta pre-

sida los diversos festejos que la tradición nos señala, favoreciendo al propio tiempo los intereses del comercio que más fácilmente ofrece sus artículos estimulado por la competencia.

La situación crítica porque atraviesa nuestro municipio al tener hoy que atender con preferencia á compromisos de todos conocidos, hace que no pueda, como en otros años, ayudar con subvenciones á los diferentes festejos, pero creemos que en la medida de sus fuerzas haría cuanto humanamente le fuera posible y prestaría su protección con los elementos de que dispone. Los Casinos, Círculos, Cafés, Fondas, Comercio y esfuerzo individual sabrían suplir la carencia de recursos de aquel, para conseguir el propósito por muchos deseado.

Se nos dice, que un maestro de obras de esta localidad se compromete por mil pesetas á arreglar la Plaza de toros y ponerla en condiciones de seguridad para dar una corrida, y de ser cierto este extremo, cuenta un aficionado con proposiciones ventajosas de un empresario que traería á este circo al célebre matador Guerrita con toros andaluces.

¿Podrá el Ayuntamiento estudiar esta cuestión oyendo á una Comisión compuesta de los diversos elementos interesados?

Entendemos que de hacerlo debía ser cuanto antes, decidiendo una ú otra cosa, con el fin de que no ocurra lo que en la vecina capital, que á esta fecha, y después de veinte sesiones, no sabemos si hay ó nó feria y toros.

«CORAZÓN»

Cuento para niños

Érase un Príncipe de hermosos ojos azules, rubia y enortijada guedeja, rostro dulcemente expresivo y apuesto y gentil continente... ¿No son así todos los Príncipes que cuentan las leyendas color de rosa?

A su venida al mundo pasaron por su cuna los genios misteriosos que animan

la naturaleza, y uno le dijo: «Toma para tus mejillas el color de las rosas tempranas»; y otro murmuró á su oído: «Ahí dejo dormidas en tu garganta las notas más tiernas de los pájaros más canoros»; la mañana le dió tintas violadas para sus pupilas, y el sol, jugueteando, entrelazóse á su cabello.

Al borde de aquella cuna parecía sonreír toda la primavera. El amor con las alas blandamente extendidas apresuróse á visitar á su regio compañero de infancia. Al alejarse dejó caer alguna cosa junto al niño.... Eran sus flechas.

No adornaba al Príncipe únicamente la hermosura del cuerpo; su alma era también de una belleza ideal.

La injusticia le producía accesos de cólera. La desigualdad con que la fortuna reparte sus dones le indignaba. El hambre y la desnudez ajenas le arrancaban lágrimas de sangre.

Compadecía todas las penas, compartía todas las amarguras y hubiera deseado que el mundo se abrasase con una inmensa llama de amor.

Y el mundo no quería hacerle caso; continuaba su marcha pausada y regular al través del dolor eterno.

La codicia seguía convirtiendo al hombre en el lobo del hombre; la lujuria, mostraba, como siempre, sus labios trémulos y sus ojos encendidos; la ambición y el odio tejían la trama de nuevas y continuas tragedias. El débil caía bajo la manopla del fuerte, el inteligente haciendo de su inteligencia su arma de combate. Todo seguía como en los primeros días del mundo: Caín armado de su afrentosa quijada y Eva dialogando con la serpiente.

El Príncipe procuraba rectificar con el propio sacrificio la obra siniestra del mal humano.

¿No había bajado Cristo á la tierra y subido á la Cruz para derramar sobre el corazón del hombre el bálsamo sublime de la piedad?

A unos acudía con la espléndida dádiva, á otros con el consejo lleno de cristiana sabiduría. Su dinero era del menesteroso, su palabra del necesitado de consuelos. Vestía al desnudo, partía con el hambriento el pan de su mesa, curaba al enfermo con sus propias manos y á los muertos dábales sepultura.

Era la perfecta imitación de Jesús en la tierra. Pero los hombres ni se arrepentían ni mejoraban. Lo único que sucedió, fué que viendo un Príncipe en nada parecido á los demás, justo, magnánimo y piadoso, comenzaron á decirle: «¡Bah! ¿Si estará loco?»

El generoso Príncipe sufría hondamente por que no había podido hacer felices á sus vasallos ni con la justicia, ni con el

oro, ni con la piedad, ni con el consejo lleno de amor y de virtud. ¡Ah! ¡Si él pudiera dar á cada uno de ellos un poco de su corazón, un pedacillo insignificante, una fibra siquiera! Todos entonces serían como él. Cristo reinaría sobre sus enemigos.

Arrodillóse ante el altar y elevó sus hermosos ojos á la altura. Había en aquellos ojos extáticos, arrobados, místicos, una verdadera luz del cielo. Oró larga y fervorosamente.

¡Señor, Señor!—exclamó con su voz amorosa—concededme esa gracia, permítame que yo pueda dar á los demás, un poco, una fibra, un pedacillo de este corazón que me sobra. Yo no necesito de todo el que llevo en el pecho; repartiéndolo entre los otros hombres, podría hacerlos buenos y felices y volverlos á vuestro reino...!

De pronto el Príncipe quedó asombrado. Le estaban hablando desde la Cruz. Sea como quieras—le respondió el Señor—hágase el milagro que pides; desde hoy puedes repartir tu corazón y aun vivir sin él: pero tén en cuenta que en los pedazos de tu corazón irán tu juventud y tus alegrías, tus amores, tus virtudes y tus esperanzas. Si un día necesitas de todo eso para tí sólo, quéjate de tí mismo...! Mírame en esta Cruz. En Ella me enclavaron después de resucitar á Lázaro, de asistir al leproso, de dar vista al ciego y de haber bebido en el cántaro de la Samaritana.

No tardó el Príncipe en hacer el reparto de su corazón. Con mano firme, practicó una abertura en su pecho, y por allí iba sacando una y otra fibra. La gente estaba atónita del milagro. Y no era solamente un caso milagroso, sino además el hallazgo de una universal panacea.

El que recibía en depósito un poco del corazón del Príncipe cambiábase al punto en un hombre nuevo. El irascible tornábase pacífico; el avaro, liberal ó pródigo; el lujurioso, casto y el traidor, leal. Comenzó á reinar Cristo sobre las almas y el amor más rico y más puro llegó á incendiarlas.

¿Habíase visto nunca sacrificio más sobrehumano? Pero en tanto que los antes envilecidos vasallos mejoraban de condición y hasta de instintos, el Príncipe perdía la frescura de la juventud.

Se le vió primero melancólico, después triste. Su hermoso rostro aparecía envuelto por sombras y crepúsculos; algo moría en su alma; acaso la antigua alegría. Apenas si al cabo de algún tiempo quedábanle para sí mismo unas cuantas fibras de corazón.

La madre del Príncipe veía con espanto el terrible cambio de su hijo. A la melancolía y la tristeza había sucedido fran-